

Roa Bastos:

O la historicidad en la narrativa

Una novela antihistórica que encausa la historia. El principal mérito de la novela "Yo, El Supremo", es haber dado un nuevo acceso a la temática de la historicidad. Hizo un rompecabezas para que gocen los críticos. "En ciertos momentos yo he sentido el verdadero parricidio, por Francia delante del pueblo era la figura del padre". "Los libros son como las botellas que uno tira al mar y que algunas veces las recogen los Robinson... La literatura latinoamericana más adelantada, está atrasada con el ritmo de la historia.

Escribe: FLOR ROMERO DE NOHRA

"Yo, El Supremo", la novela cumbre del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos ha sido traducida al francés, motivando una serie de encuentros, mesas redondas, diálogos y discusiones respecto a la obra misma, al tema los dictadores en la novelística contemporánea, al papel de los intelectuales en la vida del pueblo latinoamericano, a la narrativa y la historicidad.

De obra maestra calificó la novela *Le Monde*; Jacques Lenhardt —ahora el profeta del estructuralismo— afirma que "el principal mérito del libro de Roa Bastos, 'Yo, El Supremo', es haber dado un nuevo acceso a la temática de la historicidad. A este respecto, hay una verdadera creatividad literaria, ya que ensaya formas nuevas que juegan con la historia mediante la palabra".

Es una novela de difícil acceso al público corriente, a las grandes masas, pero al tiempo es una obra, que una vez comprendida, permanece. Y a este respecto hay un acuerdo entre los críticos serios, "Yo, El Supremo" será una de las obras de la literatura latinoamericana, que permanecerán, es decir, que pasará a la escala de nuestros clásicos.

Roa Bastos está de profesor asociado en la cátedra de literatura latinoamericana en la Universidad de Toulouse. Antes había sido profesor en las universidades de Buenos Aires, guionista de cine, corresponsal de guerra, vendedor de seguros, cantante; había trabajado en una editorial de música y en un hotel de paso, en los primeros años de su exilio en la Argentina. Había escrito versos y tangos y había publicado cuentos y otras novelas, entre ellas "Hijo del hombre".

Al conocerlo en el Congreso del Centenario de los Americanistas en París, me llevé una gran sorpresa, porque cuando pensaba encontrar a un escritor engreído, suficiente, diciendo disparates para despistar, me encontré con un hombre sereno, conciso, humilde, grandioso dentro de su pequeña estatura, de quien se aprende mucho si uno logra hacerlo hablar.

Escritor por descuido

"Soy escritor por descuido, porque empecé como cantante. Teníamos un dúo con un muchacho José García Florez, quien tenía una voz maravillosa, pero como no tenía un solo diente, salpicaba de tal manera que a los cinco minutos lloviznaba el micrófono. Yo tenía entonces cada cinco minutos, que secar ese micrófono, para que no se empañaran nuestras voces. Fue una época muy linda, esa del dúo paraguayo, y como mi compañero no tenía padres, la tía con quien yo vivía, lo adoptó y entonces en vez de tener un hijo, empezó a tener dos. Yo hacía la segunda voz. Esto era por allá a los diecinueve años. Después tuve una afección en la laringe y la mala suerte de caer en manos de un médico que no supo tratar muy bien mi problema y se me estropeó la voz. Después, en el 47 vino el exilio a la Argentina".

Para entonces Roa Bastos había escrito ya algunos poemas y una pieza de teatro que se publicó. En su primer cuento "Lucha hasta el alba" (aún inédito), ya aparecía como personaje Francia. "Es un cuento que siempre viaja conmigo; son de las cosas pegadas a mí. Está basado en el versículo del Génesis que se refiere a Jacob y el ángel. Es la historia de un hombre que lucha toda la noche con un enemigo invisible. Al alba le dice: "Suéltame, porque has luchado con Dios. Me has vencido".

El cuento está lleno de los problemas de mi infancia. Mi padre, que era un gran detractor de Francia, y contra quien yo me rebelaba, me decía siempre "Tiranuelo, vas a ser un segundo Francia".

Para Roa Bastos, este su primer cuento es un sueño en el cual él es protagonista que toma el nombre de Jacob y lucha hasta el amanecer con el ángel a quien no suelta sino que decapita con una piedra. A la luz del amanecer, ve que ese personaje es Francia.

Influencias de Shakespeare y Cervantes

Los poemas que por aquella época escribió, son poemas líricos “lo que escribe un adolescente, seguramente con mucha influencia de sonetos de Quevedo y poesías de Shakespeare”. La madre de Augusto tenía en la pequeña biblioteca de Iturbe (Tebiquary) unos pocos textos de Shakespeare al lado del Quijote, el libro que quizá ha influido más en su obra literaria.

—¿Qué se propuso al escribir “Yo, El Supremo”?

—Habría que hablar de dos propuestas. Una deliberada, consciente que era tomar la figura de un personaje mítico a través del mito. Dicho de otra manera, recobrar la visión mítica que se tiene del ir contra la historia (y la historia fue contraria a Francia) me pareció que encerraba una riqueza más grande de la que la historia dejaba entrever.

Quise rescatar el personaje en su dimensión humana, no de cartón o de piedra.

La otra propuesta secreta, era la de excavar en este enigma enorme, para recobrar en cierto modo mis propios enigmas. Mi propia identidad. El Paraguay es un país que ha estado despojado de hombres (recuérdense las guerras de La Triple Alianza y la del Chaco) en donde falta la figura de este padre, el padre ausente. Las mujeres tenían los hijos de un padre que había pasado. Faltaba el sentido histórico, social, cultural de este padre, condensado en la figura del personaje mítico.

Mi mayor obsesión era ir internándome, sumergiéndome en este mundo terrible que venía desde la muerte, para enrostrarme sus creencias.

Pistas: el compilador y las trampas

—Quisiera darles algunas pistas a los lectores para comprender mejor “Yo, El Supremo”. ¿Si es que tiene algunas...?

—En primer lugar, para mí, la presencia del compilador en lugar del autor tradicional —es uno de los elementos más descui-

dados por la crítica que no ha reparado en este hecho— al tomar la función, lo que significa dentro del contexto no como función complementaria, sino desde el punto de vista ideológico. Hay una trasgresión de la propiedad misma intelectual.

Y es que hay una relación muy estrecha entre el narrador interno de la novela, el personaje del Supremo, que no es el histórico en la que pareciera que se hubiera transfundido el compilador.

Luego, como consecuencia de los préstamos, hay otras transgresiones, otros sistemas de transgresiones, infracciones a las leyes de lo que podríamos llamar género narrativo.

Otra pista podría ser el sistema de dobles que arranca a partir de la duplicidad del compilador-narrador. Hay una especie de movimiento de reflejo en un sistema de espejos interiores que se van repitiendo, deformando, deshaciendo las imágenes, los hechos, los personajes.

Otra cosa que a Roa Bastos le ha llamado la atención es que la crítica no ha observado que no existe un personaje “hay una voz central que va formando progresivamente un coro de voces porque en la búsqueda de esta memoria lo que esta voz del narrador intenta recuperar es el mecanismo de la memoria. Este intento desesperado surge de la condición doble del personaje”.

Este hombre busca recordar los hechos porque fue hombre de acción a través de la recuperación de la memoria. Es el momento crucial en que él se sumerge, se hunde en la búsqueda de lo absoluto. Aquí la búsqueda de lo absoluto —tema pesadillesco— se da a través del ejercicio enmascarado del poder (en lo histórico social). La oposición central ahí sería entre el individuo que ejerce el poder absoluto y la colectividad, esa que El Supremo llama la “Persona-muchedumbre” frente a la persona sola del individuo, Yo.

Este narrador que representa (en sentido teatral) al Supremo, ha tenido en un momento dado conciencia de que él ha traicionado esa causa de la colectividad como individuo. En este momento empieza a padecer el drama de indagar en qué momento y por qué se ha producido esta grieta en esa fuerza compacta de su sed de absoluto y del poder que realmente tiene.

El intenta en vano reencontrar este momento en que comienza a desmoronarse la aventura pesadillesca del poder absoluto. Pe-

ro no puede lograrlo porque está desdoblado. Y es aquí donde empieza a surgir la oposición entre YO-EL (recuérdese el título que ya es una trampa: Yo, El Supremo).

El resumen de la novela está en el pasquín

Augusto Roa Bastos dice que tanto en el título como en el pasquín inicial y sin proponérselo, está el meollo de su novela. “Es el núcleo y resumen de toda la novela”.

“Yo como narrador, no sentí nunca que hubiera un personaje en Yo, El Supremo, sino una presencia enmascarada que trata de representar toda su tragedia en esta búsqueda obsesiva del poder absoluto”.

“En la novela el narrador dice: “la verdad no puede ser revelada sino ocultándola”.

“En el fondo de la obra existe la traición del YO (como persona) a EL (la colectividad, o sea el pueblo, la muchedumbre) y es allí donde se quiebra la base misma, lo material y lo espiritual del poder absoluto. Porque la única fuente del poder es la voluntad general. Cuando este poder se concentra en las manos de un solo individuo y este solo individuo traiciona su colectividad, el poder se vuelve corruptor, como toda fuerza surgida de una traición”.

Este tema de El Supremo, ha acompañado a Roa Bastos a través de todas sus obras. Reaparece en “El trueno entre las hojas” y en “Hijo del hombre” en el trasfondo, en la figura del paseo vespertino que hace a caballo. Inclusive hay frases que se repiten. Por ejemplo, cuando Francia dice: “Qué pedazo de gente viva o muerta habría en este país que no lleve adelante mi marca...”.

Roa Bastos gastó físicamente cinco años en escribir la novela monumental. Una beca Gugenheim le permitió encerrarse —sin salir siquiera a comprar el pan por las mañanas— a escribir, investigar, corregir. La que salió en 1974 es la cuarta versión corregida. En un principio pensó que la novela sería solo para él, pero con semejante taco adentro, me imagino que no tendría vida, y al fin se decidió a publicarla.

Desde niño jugando con la muerte

“La prehistoria de la novela está desde mis primeros vagidos en la letra escrita” —dice—.

Habría que buscar no solo en los archivos a donde han ido los críticos y los traductores sino reburujar toda la vida de Roa Bastos, para detectar los momentos de la vida en que arrastraba como un lastre la temática de El Supremo. Habría que ir a la Editorial Lagos de Buenos Aires y ver la guillotina de arco sobre la cual durmió un año en un sótano, sobre un colchón que colocó en la mesa y en donde soñaba que la guillotina se la caía y lo mataba al revés, no por la nuca, sino por la nuez. Allí entre notas musicales, entre boleros y tangos escribió “El trueno entre las hojas”.

“Yo hacía de todo, escribía la correspondencia, traducía los textos de las canciones, corregía. En el invierno el ambiente era cálido, pero claro, los veranos eran insoportables con el calor del papel”.

Habría que ir a la curva del río, en donde jugaba a la búsqueda de cadáveres, porque era algo divertido para los niños de Iturbe, navegar en la piragua, recoger orquídeas y ver quien encontraba el primer ahogado. “El sentimiento que experimentaba no era de miedo, sino de exaltación de sentirme que entraba en un mundo mágico en donde podría ocurrirme cualquier cosa hasta levitar, por ejemplo, porque la naturaleza da sentimientos ambivalentes...”.

“He trabajado contra la historia”

El Paraguay es un país apegado a la historia. Después de la guerra de La Triple Alianza que dejó solo mujeres y ancianos, cuando se restableció la actividad cultural, se escribía solamente historia. “Es un país ansioso de su identidad como tal”.

Hará cincuenta años nace la literatura escrita en español, pues aunque el guaraní es la lengua nacional, es solo oral. “Esto al mismo tiempo es una desgracia y una ventaja”, pues por un lado el escritor se ve obligado a pensar en una lengua que es aglutinante, y a escribir en otra que es de flexión, pero por otro lado, hay la posibilidad de incorporar las dos formas.

—¿Cómo han recibido los historiadores su obra?

“He trabajado contra la historia que es la gran trampa escrita. Había que destruir un poco de mentiras a riesgo de equivocarse uno. A los historiadores paraguayos les fue difícil aceptar “Yo, El Supremo” y han estado rabiando mucho.

—¿Qué se propuso al escribir esta novela?

—Hacer de la historia una novela que a su vez fuese una historia. Si se logró o no, es otro cuento...

—Además el libro es una especie de acertijo para hacer rabiar a los críticos...

—Sí. Quise hacer el safari del Supremo. Y como yo no creo en los críticos, pero los quiero mucho, les quise dar material para que gocen.

—Usted dijo que los libros son como las botellas que uno tira el mar, y que algunas veces los recogen los Robinson... ¿Está usted seguro de que los lectores han entendido todo ese juego historia-narrativa, historicidad-palabra?

—No lo sé. Lo que si sé es que la historia está presente en El Supremo, pero hay que saber en qué medida. Es una obra muy lejos de la novela histórica tradicional. Es una novela anti-histórica, pero que encausa la historia; cuestiona la validez del discurso histórico. Es que hay que reelaborar la historia en vez de evadirse. No se puede evadir uno del asunto histórico.

La ficción invade la textura histórica

Se ha dicho además, que en “Yo, El Supremo” la ficción invade la textura histórica. Que es la novela de la historia o la historia dentro de la novela, mediante un sistema de ocultación que forma parte del tejido mismo. Además, Lenhardt —afirma— que “es una visión nueva del dictador latinoamericano. En “Neutchatel” se dijo que era “el libro de los oprimidos del planeta”. ¿Por qué escogió a Gaspar Rodríguez de Francia, como su personaje?

—Porque Francia representa una tipología especial de dictador. Es tal vez el único dictador en el sentido de la legislación romana. Fue el director civil del proceso emancipador del Paraguay y al tiempo el único dictador no militar de Latinoamérica. Por otra parte, fue quien estableció por primera vez el experimento de la autodeterminación dando autonomía integral a un país. Por supuesto, como todo hombre histórico que dura muy largo tiempo en el ejercicio del poder, cayó en el poder absoluto que es el despotismo.

“Estas características fueron las que me decidieron a escoger la figura de Gaspar Rodríguez de Francia como punto de referencia para mi novela “Yo, El Supremo”, que no es una novela

histórica. Tomo las referencias de la época para construir una obra de imaginación pura, que trata de tomar la perspectiva del pasado a partir del momento en que la novela se escribe”.

“De la misma manera como la historia nutre al personaje real, objetivo histórico, solo me interesa la figura mítica sobre la cual yo debía fundar el discurso de una novela histórica que reuniera la esencia y la estructura de una obra de imaginación trabajada con el lenguaje, especie de negación de la historiografía, que en América Latina es forzosamente no la historia de los pueblos en sí, sino la crónica de la dominación de los pueblos por las fuerzas contrarias a sus intereses sociales, históricos y culturales”.

La literatura está atrás de la historia

—Usted ha dicho que su novela es también la búsqueda desesperada de la identidad de un pueblo...

Sí, pero sobre todo del sujeto narrador, que trata de encontrar en el proceso del poder absoluto la clave de su destino, el sentido de una vida y la decisión de rasgar las máscaras que cubren al novelista.

—Ha afirmado también, que la literatura más adelantada en Latinoamérica está atrasada con el ritmo de la historia. ¿Podría ampliar un poco más este concepto?

Sí, porque ya hoy no es el problema concreto y objetivo del dictador lo que preocupa, sino el poder militar que ha saturado el espacio histórico en connivencia con las formas de dominación que hoy oprimen y expolían la América Latina. Un dictador no es un tema prehistórico, es la insurgencia de un sentido ético del escritor latinoamericano de hoy para transformar el sentido preciso que debe existir entre el proceso histórico y los escritores insertados en esa colectividad y en esa historia.

Augusto Roa Bastos ha escrito un libro de marca mayor. Y de su talento se esperan aún más cosas, pues como él mismo lo ha dicho “no creo en un solo libro sino en el conjunto de una obra o contexto cultural”. Y para sumar a “El trueno entre las hojas”, a “Hijo del hombre” y a “Yo, El Supremo”, tiene en preparación tres novelas más, dos de ellas ya bautizadas: “El sonámbulo” y “Los Congresos”.